

**Iglesia Evangélica Metodista
Asamblea General 2022**

Estudios bíblicos

La Asamblea General de la Iglesia Metodista es un momento muy especial porque en ella se reúnen hermanos y hermanas de todo el país y de las distintas congregaciones. Es un espacio para orar, meditar, cambiar ideas, evaluar y proyectar la vida de la iglesia. También para encontrarnos y celebrar la extendida familia de la fe, que en cada lugar enfrenta desafíos misioneros distintos pero comunes a todos.

Estos tres estudios se ofrecen para las semanas previas a la Asamblea. Ellos buscan generar un intercambio de experiencias, opiniones y pensamientos en nuestras congregaciones que alimenten luego el tiempo mismo de la Asamblea. Se los ofrece para que *toda* la congregación pueda compartirlos en encuentros dominicales o en grupos durante la semana. En cada caso esperan ser instrumentos que nos lleven a un compromiso mayor con la fe y con la proclamación de la Palabra. Partimos de un texto fundamental del apóstol Pablo que encontramos en 1 Corintios 13:13,

*Ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero
el mayor de ellos es el amor.*

Inspirados por este texto hemos desarrollado en cada encuentro los temas que allí se nos señala como los centrales a la vida del creyente: fe, esperanza y amor.

Cada uno de los tres encuentros consta de una breve introducción que quien dirige el estudio deberá presentar con sus propias palabras. Luego un relato tomado de textos bíblicos recreados. Y finalmente dos grupos de preguntas: las primeras sobre el tema del relato que servirán de disparadoras para iniciar la reflexión que conduzcan al grupo a pensar en el desafío para su vida y para la comunidad de la iglesia de la que forma parte. Las segundas, más sencillas, para cerrar el momento con aportes sobre cómo compartir en la tarea evangelizadora lo que hemos reflexionado.

Sugerimos el siguiente desarrollo de cada encuentro:

1. Presentar el tema en 15 minutos, siguiendo la introducción. Leer el texto de *Señales de un Metodista* y el texto bíblico indicado.
2. Orar y pedir por la iluminación de Dios en este momento de reflexión.
3. Leer el relato correspondiente. Puede hacerse en voz alta para todos o disponer de diez minutos para que cada persona lea el relato (En ese caso es necesario hacer copias de *solo* esa página).
4. Reflexionar sobre el texto bíblico anotado, y sobre lo dicho en el relato, guiándose por las preguntas (50 o 60 minutos). Es importante que todos opinen; quizás sea necesario que quien guíe al grupo incentive a quienes participan poco a que expresen sus pensamientos.
5. Para concluir compartir las segundas preguntas para ser concretos en las consecuencias para nuestra misión como iglesia.

Estudio 1

La fe

Para el pueblo cristiano la fe es el origen de todo. No es una fe creada por nosotros ni alimentada por nuestras virtudes. La fe nos viene de la acción del Espíritu Santo que nos ilumina y ayuda a superar nuestra incredulidad.

En el libro “Señales de un Metodista” se dice:

“Pero ¿qué significa esta fe que es respuesta al amor gratuito de Dios? Juan Wesley insistía en sus sermones diciendo “incluso el Diablo cree que Dios es Dios y que Jesús es su unigénito hijo”. Las creencias no pueden ubicarse en el lugar de la fe que nos salva. Tampoco la fe significa ser parte de la iglesia, asistir a sus cultos y a sus actividades. ¿Qué es entonces la fe? Si recordamos que la gracia tiene su base en el amor de Dios, podemos entender que la respuesta a ese amor es la fe que obra por amor. La fe como fidelidad, fidelidad al amor que ha sido derramado en nuestros corazones. Una fe que no tiene en cuenta el amor a Dios ni el amor al prójimo no es fe que corresponda a la gracia de Dios”.

Se suele decir que la fe mueve montañas, pero es deber nuestro preguntarnos “que montañas” hemos de mover. Porque la cuestión no es tener fe sino en quien ponemos esa fe y al servicio de que quién la proclamamos.

Vamos a compartir un hecho en la vida de la naciente iglesia en que se relata en Hechos 6-7, pero leemos solo 6:8-10:

“Esteban, lleno de gracia y de poder, hacía grandes prodigios y señales entre el pueblo.⁹ Entonces algunos de la sinagoga llamada “de los libertos”, y los de Cirene, de Alejandría, de Cilicia y de Asia, se levantaron para discutir con Esteban.¹⁰ Pero no podían resistir la sabiduría y el Espíritu con que hablaba”.

A continuación, compartamos el siguiente relato sobre el testimonio de Esteban tomado del *Libro de las Gratitudes*.

Esteban o el huracán de las palabras

(De *Libro de las gratitudes 1*, Pablo R. Andiñach)

Era necesario buscar personas que se encarguen de las tareas cotidianas porque los discípulos estaban ocupados en la oración y en la enseñanza. Vemos que la iglesia todavía se estaba formando y ya había problemas entre sus miembros: Los creyentes griegos se quejaban de que los creyentes judíos los discriminaban. Para disminuir la tensión y equilibrar las tareas eligen siete personas: Esteban, Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Parmenas, y Nicolás. Todos son nombres griegos, lo que indica que se procuró responder a sus quejas. De ellos poco sabemos, con excepción de Esteban y Felipe el evangelista; quizás desarrollaron su ministerio sin sobresaltos, atendiendo las necesidades de las viudas y pobres. Pero a Esteban, su misión, le costó la vida.

Por lo que se cuenta, más que poner las mesas, Esteban predicaba la buena noticia de Jesús. Debido a su condición de residente en Jerusalén, pero de cultura helénica, es probable que irritara más a los judíos de la diáspora que a los del lugar. De hecho, quienes piden que lo apresen son judíos alejandrinos, de Cirene y de Asia. Sobornan y mienten y logran que sea llevado al Sanedrín y al Sumo Sacerdote acusado de pervertir la fe de Israel.

En ocasiones una pregunta se la lleva el viento; en otras desata un huracán. El Sumo Sacerdote, simplemente le pregunta: “¿Es así como dicen?” Probablemente pensó que la respuesta descomprimiría las tensiones; que este joven buscaría apaciguar los ánimos y continuar su vida manteniendo en privado sus ideas o compartiéndolas en la intimidad de esa nueva comunidad de judíos que sostenían que aquel nazareno crucificado en la última pascua había resucitado y volvería para juzgar la tierra. No era la primera vez que desatinos como ese habían surgido, del mismo modo que al cabo de un tiempo se habían esfumado. Es muy probable, probabilísimo, que el Sumo Sacerdote quisiera oír de boca de Esteban palabras de disculpa y arrepentimiento y así todos se irían a sus casas conformes y en paz.

Pero Esteban desata el huracán del evangelio. Podía callar o retractarse, pero decide ser fiel a la palabra que había recibido. Primero los llama hermanos y padres; luego les recuerda la historia de los actos de Dios a favor de su pueblo Israel desde Abraham hasta Salomón. Y luego los confronta con su rechazo de los profetas, con su actitud de no oír lo que Dios tiene para decirles. Les dice lo más duro: “Resisten al Espíritu Santo”. Esteban predica con energía y con conocimiento, pero en este caso no hubo conversión. Creció la ira contra él, lo arrastran fuera de la ciudad y lo asesinan tirándole piedras. En su agonía clama por perdón para sus asesinos.

Que el nombre Esteban (en griego *Stephanos*) signifique corona suma a su gloria. Recibió una corona que ningún rey había recibido antes ni la recibirá después.

Preguntas 1:

(Son solo orientativas, y pueden agregarse otras)

1. ¿Qué pasó en el interior de Esteban para que actuara de esa manera?
2. ¿Por qué lo llamamos “huracán”?
3. ¿Qué cambia en la persona la presencia de la fe en Cristo?
4. ¿Cuál ha de ser el contenido de nuestro testimonio hacia el mundo?

Preguntas 2:

1. Compartamos cómo nos sentimos respecto a la fe que se muestra en Esteban: ¿nos identificamos con él?
2. Lo vemos como algo de nuestro pasado, como si nuestra fe se hubiera enfriado.
3. ¿Qué sentimos que sucede en nuestra congregación?
4. ¿Cómo invitamos a la fe a quienes no la tienen o no la practican?

Estudio 2

La esperanza

Uno de los frutos de la fe en Cristo es que comenzamos a tener eso que llamamos “esperanza”. Pero ¿en qué consiste la esperanza que brota de la fe?

Hemos de decir que es una esperanza puesta en que la persona de Cristo cumplirá su promesa y no nos abandonará nunca. No es nuestra esperanza una que se funde en proyectos humanos, en filosofías atractivas, o en líderes que busca seducir. La esperanza cristiana tiene que ver con el íntimo convencimiento de que aquellas cosas a que nos convocó Jesús (recordemos ahora el testimonio de Esteban) son verdaderas y serán cumplidas por el Señor en el tiempo que el disponga. Compartamos este texto del libro Ser Iglesia de P. Andiñach:

“Así como el Señor le dijo a Mateo “sígueme” y este no pudo más que ir en pos de ese proyecto de vida al que era invitado, del mismo modo nuestra misión no es un camino entre otros, ni una posibilidad intercambiable con otras. Más bien hay que llamarlo una invitación irresistible a ser seguidores de Jesús y a ser testigos insobornables de la Palabra de vida y *esperanza* que él proclamó. De allí que la esperanza no es un ingrediente secundario y adiciona a la tarea misionera, sino que estará en la esencia misma de esa acción. Será parte de ella y la alimentará, a la vez que servirá de crítica (o autocrítica) para evitar que nos desviemos de la misión a que hemos sido convocados”.

Jesús anduvo por muchos lados. Caminó por senderos, por las aldeas, entró en casas, en las sinagogas y en el templo, se reunió en habitaciones y en el campo. Recordamos cuando caminó junto a dos de sus discípulos y no lo reconocieron (Lucas 24:15):

“Y sucedió que mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo se acercó y caminaba con ellos”.

Leamos este relato que nos hace pensar en dónde está aquél que es el origen de nuestra esperanza:

Allí está el Cristo

(de Libro de las Gratitudes 2, Pablo R. Andiñach)

Un teólogo danés del siglo XIX, dijo que Cristo era el eterno contemporáneo. Porque siempre está junto a nosotros y se hace real en este tiempo al compartir nuestro destino; pero a la vez es eterno, porque no queda limitado a nuestra condición pasajera y eventual. Fue contemporáneo de nuestros abuelos y lo será de las generaciones que nos sucedan. Él es siempre hoy, es siempre presente. Su presencia es en ocasiones clara y visible y en otras hay que buscarlo por debajo de los acontecimientos. Cabe en consecuencia que nos preguntemos dónde habremos de encontrar este brillo de eternidad en medio de la fugacidad de nuestros días.

Hay que afinar la vista. En una sociedad quebrada por las injusticias y la marginalidad, Cristo se hace presente cuando nos duele el rostro de aquellos que sufren. Cristo está en la indignación ante el desprecio hacia los pobres y los olvidados del mundo. Cristo está en la familia que llora la pérdida de un ser querido; en quien vela junto a la cama del hospital donde agoniza el enfermo; en el admirable tesón de esa mujer para vivir con su cuerpo mutilado. Cristo está en la mujer golpeada que busca reconstruir su vida y en las víctimas inocentes de la guerra absurda. Está cada vez que ella o él perdonan las ofensas recibidas. Está en el llanto silencioso de los pueblos despojados y en la celda donde espera el fuego final el condenado. Cristo nos espera en la esquina junto a quienes han perdido la fe; y en el salón oscuro donde se desperdicia la vida y el alma.

Pero Jesús no es un testigo impasible de nuestras humillaciones. Él llama desde donde está, como aquella vez que le dijo “sígueme” a quien sería luego uno de sus discípulos. A pesar de nuestras imperfecciones, Cristo también se hace humano en aquellos que luchan por la justicia, en el pacificador que arriesga su vida, en el juez honesto, en la generosidad del que comparte lo que tiene, en quien denuncia la corrupción del bolsillo o del alma.

Cristo está cuando oímos (¿cuándo: ayer, hoy?) que nos dice a nosotros “sígueme”, y nos reúne en la comunidad de la iglesia. Está entre en la calle y en el templo, en la casa y en el parque. Está en la sonrisa de los chicos, en la pareja que se ama, en la reunión de la familia, en la felicidad por haber alcanzado la meta que tanto esfuerzo costó.

Cristo está junto a aquellos que no se doblan ante la tentación ni descansan hasta que la luz brille y deje ver el rostro del Cristo siempre eterno y siempre contemporáneo.

Preguntas 1:

(Son solo orientativas, y pueden agregarse otras)

1. ¿Dónde se busca a Cristo hoy? ¿Hay “Cristos falsos” en nuestra sociedad?
2. ¿En qué medida encontrar a Cristo y su esperanza nos hace abandonar otros modos de esperanzas y de vida?
3. ¿Por qué la esperanza puesta en las “cosas de Dios” ha de potenciar nuestra fe y testimonio?
4. ¿Cómo damos cuenta de la esperanza que nos mueve a la misión?

Preguntas 2:

1. ¿En qué otros “lugares” (físicos o espirituales) encontramos a Cristo hoy?
2. ¿Cómo se manifiesta la esperanza en las promesas de Cristo en nuestra iglesia, en nuestro culto?
3. ¿Es la esperanza en Cristo algo del pasado o un ingrediente vivo en nuestra fe?
4. ¿Cómo podemos encontrar caminos para compartir la buena noticia de que Cristo es la esperanza para el mundo?

Estudio 3

El amor

El apóstol Pablo dice que de los tres elementos que permanecen en nuestra fe (fe, esperanza y amor), el mayor es el amor. Es una manera de decirnos que el amor está en base de toda fe y esperanza. Si recordamos que la principal definición de Dios que da la Biblia es cuando dice “Dios es amor”, hemos de prestarle un especial momento a pensar sobre su significado.

Recordemos que en ambos mandatos que nos deja Jesús el amor es el motor de ellos: ama a tu Dios y ama a tu prójimo. No dice respeta, no dice trátalo bien, tampoco dice tenlo en cuenta en tu agenda. Dice ama a Dios y al prójimo. Pero esa exigencia de amar no nace de nuestra virtud, ni incluso de nuestra voluntad. Más bien se ejerce en muchas ocasiones *a pesar de nosotros*.

En Señales de un Metodista se dice:

La nueva vida en Cristo, por lo tanto, es la oportunidad que tiene el cristiano, una vez justificado (convertido, nacido de nuevo), de crecer en fidelidad y amor como respuesta al *amor de Dios*.

¿Cómo podemos crecer de tal manera que podamos llegar a ser imágenes fieles del *amor de Dios*? Es muy importante recordar que la fuerza, el alimento, para nuestro crecimiento es la misma gracia de Dios que nos ha justificado. No lo alcanzamos por nuestros propios esfuerzos ni es posible merecer el amor divino por nuestras obras. No es que Dios nos ama porque crecemos en fe y esperanza, sino por el contrario, podemos crecer en fe y esperanza *porque Dios nos ama*.

Si queremos ser misioneros y compartir la fe que hemos recibido, lo esencial es recordar que lo hacemos por amor a Dios y al prójimo. Y siendo que Dios es único, notemos que el prójimo no lo es. Las personas somos todas distintas: gustos, culturas, nivel económico, nivel educativo, y tantos otros elementos que nos diferencian. ¡Y el Señor vino para todos!

Recordemos el pasaje en el cual alguien interesado en la vida eterna respondió a Jesús y éste lo afirmó en su fe, pero lo desafió (¿a él? ¿y a nosotros?) con sus propias palabras (Lucas 10:27-28):

Aquel, respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.²⁸ Le dijo: Bien has respondido; haz esto y vivirás.

Leamos el siguiente texto, inspirado en un himno de Carlos Wesley, y meditemos en él.

El amor que excede a todos

(De Libro de las gratitudes 1, Pablo R. Andiñach)

Suena el despertador y se levanta para ver el amanecer.
Marca la página para continuar mañana con la novela.
Ella prepara el chocolate porque esa tarde la visitarán los nietos.

Un hombre se sienta a descansar debajo de un tilo.
Otro mira el cielo y afina el telescopio buscando una nueva estrella.
Otro busca el color que a ella le gusta.
Otro se queda pensando en el texto bíblico que acaba de leer.

Ella piensa en él y en la espera que resta para su llegada.
Una mujer en el atardecer se acuerda de los que partieron,
y se llena de melancolía o de tristeza.
Otra calcula el peso de una pieza de bronce y la multiplica.
Otra se detiene a mirar la estatua que parece fría, pero es cálida.
Alguien prepara las flores para adornar el templo en el domingo, y las reúne con
cuidado.

La maestra prepara su clase.
El joven practica en el piano.
En la esquina hay fiesta porque una pareja decidió unirse.
Otros imaginan el futuro distinto del presente.
Otros comen juntos y cantan canciones que les gustan.
Ella cuida su vientre de seis lunas.
Dos amigos se encuentran luego de décadas y la amistad está intacta.
Una joven se acerca y le acaricia la cabeza cuando duerme.

Es así porque hay un Amor que excede a todos.

Preguntas 1:

(Son solo orientativas, y pueden agregarse otras)

1. Pidamos a los participantes que elijan una o dos líneas de este texto y expresen cómo se relacionan con el amor de Dios.
2. Pidamos que agreguen situaciones de sus vidas donde podamos ver el amor de Dios actuando.
3. ¿Podemos imaginar amar a otros sin que primero Dios haya derramado su amor en nosotros? ¿Por qué?
4. ¿Cómo se expresa en amor de Dios en la vida de nuestra iglesia?

Preguntas 2:

1. ¿Qué significa que el amor es el signo central de la fe cristiana?
2. ¿Cómo se refleja eso en la práctica de la iglesia?
3. ¿Pensamos que hemos fallado al amor que Dios nos pide para ejercer su misión?
4. ¿Qué actitudes de la iglesia muestran (o deberían mostrar) que somos una comunidad de personas que aman al prójimo?